

1

Víctor entró por la puerta de su casa y la cerró tras él, quedándose apoyado contra ella y resoplando. Notaba su respiración entrecortada y oía perfectamente el latido rápido de su corazón. Tenía la cara pálida como un cadáver y las manos le temblaban. Las piernas apenas podían sostener su peso y creía que de un momento a otro caería al suelo del hall.

Poco a poco la sangre fue fluyendo y su corazón empezaba a normalizarse. Las piernas recobraban su fuerza y se veía con ánimos para llegar al salón y sentarse en el sofá.

Repasaba mentalmente una y otra vez lo que había ocurrido hacía menos de una hora y cada vez daba menos crédito a lo pasado. Por más que intentaba dar un sentido a todos los hechos acaecidos lo único que encontraba eran nuevos interrogantes que hacía que todo se volviera a replantear en su mente.

Estaba ensimismado en el batiburrillo de su mente cuando un pitido característico le sacó de su letargo. Era su teléfono móvil indicando que le había llegado un mensaje nuevo a través de uno de esos programas de mensajería instantánea tan populares.

Sacó el teléfono de su cazadora y lo encendió para consultar quién le había mandado el mensaje. Era un mensaje de Leticia y pronunció para sí:

— Que querrá ahora esta.

Su voz denotaba un deje cansado y aburrido. Leticia era su novia, compañera, amiga con derecho a algo más,... ya no sabía muy bien en que categoría incluirla. Después de un año en que la situación económica se había vuelto insostenible debido a que Víctor se había quedado en paro por los recortes la relación se había vuelto tumultuosa, aunque hasta en sus mejores momentos siempre tuvo la sensación de que había algo extraño en ella, algo que impedía conocerla al cien por cien. Discutían mucho y se echaban cosas en cara que poco a poco iba dando al traste con el deseo de buen fin.

“Hola, Víctor. No se como te sentará lo que te voy a comunicar pero te lo tengo que decir. Cuando llegues a casa verás que he recogido mis cosas y me he ido de casa. La relación ha acabado y por mi parte es imposible volver a estar bien contigo. Espero que lo comprendas y no me lo pongas más difícil. Te deseo lo mejor”

El teléfono cayó de sus manos, rebotó en el sofá y cayó hasta el suelo produciendo un sonido hueco. Pero Víctor no reaccionó, no intentó cogerlo y no se inmutó cuando este golpeó el suelo.

Su mente empezó a hacerse muchas preguntas, porque aunque sabía que las cosas estaban mal no creía que tanto. Llevaban juntos aproximadamente un año, fue ella quien se acercó a él. Era una mujer exuberante, alguien que él mismo creía que estaba fuera de su alcance. Rubia, alta y con un físico espectacular siempre llamaba la atención allí donde llegaba. Víctor siempre había pensado que la gente murmuraba acerca de lo que hacía una mujer así con alguien como él. Eso le hacía sentirse mal y hasta él mismo había pensado muchas veces si realmente estaba con ella por amor o

por su físico y lo que todavía le desesperaba más era saber si ella estaba con él por amor. Luego estaba su trabajo, ella trabajaba en un laboratorio farmacéutico y pasaba muchas horas fuera de casa incluso días y semanas completas cuando tenía que viajar por alguna conferencia, algún curso o cualquier otro motivo. Ella se interesaba bastante por su trabajo, algo que le complacía. Siempre le decía que podía haber aspirado a mucho más, que era más inteligente como para ejercer de profesor, podía haber llegado mucho más lejos y la respuesta de Víctor siempre era la misma, ahora ya todo está hecho. Pero desde hace un par de meses atrás la distancia se había hecho mayor, ella ya casi no paraba en casa y cuando lo hacía ya ni hablaban.

De repente se levantó y se dirigió hacia la habitación a paso ligero. Abrió la puerta y sin soltar el pomo miró a su alrededor. La habitación estaba totalmente recogida, no había ni rastro de prendas de vestir, entró vacilante y se dirigió hacia la puerta del armario que Leticia usaba para su ropa. La abrió lentamente como esperando encontrarse un monstruo que saltara hacia él en cualquier momento. Pero la parte del armario estaba vacía completamente. No había nada. Sus brazos se desplomaron sobre su cuerpo y una expresión de resignación comenzó a aparecer en su rostro.

Fue de nuevo hasta la cocina, pero esta vez caminaba despacio, sin aplomo, llegó hasta la nevera, la abrió y tomó una lata de cerveza. Se sentó en la silla más próxima y abrió la lata. Comenzó a tomársela con la mirada perdida en el infinito. Vaya mañana que llevaba, y el día solo había hecho que comenzar.

Víctor Ardanza era un hombre sencillo. Había sido buen estudiante pero sin destacar demasiado. Tenía estudios universitarios que había realizado en la Universidad de Salamanca en la facultad de ciencias. Luego hizo el curso de adaptación pedagógica y se dedicó a la enseñanza. No tardó mucho en encontrar un empleo como profesor en un colegio privado de Madrid.

Después de ocho años enseñando a niños de 16 años algo de lo que el había aprendido años atrás comenzó a sentirse agotado, no disfrutaba de su trabajo, no se encontraba a gusto, creía haberse equivocado, no tanto en sus estudios sino en su elección de trabajo, pero era incapaz de dejarlo y buscar otro empleo. Estaba acomodado y no se sentía con fuerzas. Parecía como si le hubiesen robado la esencia, las ganas de innovación. El espíritu aventurero y libre que le había acompañado durante su adolescencia se perdió en algún momento de su madurez. No recordaba bien cuando sucedió.

En el plano sentimental las cosas no distaban mucho, no encontraba la pasión y los sentimientos parecían haberse disuelto en un mar oscuro.

Lo que no podía imaginar era cuanto iba a cambiar su vida en tan solo unas horas.

Todo comenzó un par de horas antes cuando deambulaba sin rumbo con la mirada perdida. Caminaba como un robot que tiene un destino prefijado y está fabricado para no chocar con los elementos que encuentra en su camino, sin pararse a analizar dichos elementos. No veía ni oía a la gente que caminaba junto a él o se cruzaban.

De repente algo ocurrió que hizo que su cerebro volviera a activarse. Levantó la mirada y comenzó a ver gente y de repente su mirada fue a fijarse en alguien que avanzaba hacia él de forma errática, mirando hacia atrás en

multitud de ocasiones y caminando con la pierna derecha a la rastra. Vestía una camiseta roja algo desgarrada con unos pantalones vaqueros bastante sucios. Su cara estaba pálida y en sus ojos negros se reflejaba el miedo que estaba sintiendo. Tenía una de sus manos apoyada sobre su ingle derecha.

Se acercó hasta Víctor. Ya mantenía con mucha dificultad el equilibrio y cuando estaba a menos de un metro se desplomó. Víctor tuvo que estirar los brazos y sujetarle con firmeza para que no se estrellara contra el cemento. Era más bajito que Víctor y muy delgado. No pesaría más de cincuenta kilos y mediría un metro sesenta aproximadamente.

—Se encuentra bien. —Dijo Víctor con verdadera preocupación.

El desconocido intentó articular palabras, pero la sequedad de su lengua se lo impedía. Por fin con muchas dificultades acertó a decir:

—Escóndalo, que no caiga en su manos por nada del mundo. Ruapuke.

La voz sonaba apagada como si no hubiera aire alguno ya en sus pulmones. En ese instante sus ojos se quedaron fijos y vidriosos, sin vida en ellos ya.

Víctor se asustó mucho y dejó resbalar el cuerpo inerte del desconocido hasta el suelo muy lentamente. Cuando el cuerpo estuvo en el suelo se fijó en que los viandantes que estaban a su alrededor le miraban con cara horrorizada.

—Yo... —las palabras no salían de su boca— yo... Esto yo...

En ese momento miró sus manos, estaban totalmente ensangrentadas al igual que su camiseta y sus pantalones, era una escena macabra.

Justo entonces un sonido ahogado se produjo y una esquirla de cemento se elevó ante él, un segundo sonido se produjo y la cristalera del escaparate que había detrás de Víctor fue agujereada. Era un cristal de seguridad y no llegó a romperse.

El temor se apoderó de Víctor, sus músculos se tensaron y miró en todas las direcciones para ver de dónde venían los proyectiles. De repente, al mirar hacía el otro lado de la calle lo vio. Era un hombre alto, que bien llegaría al metro noventa o lo sobrepasaría. Iba vestido con un pantalón vaquero desgastado por el uso y una cazadora tipo plumas de color negro. Llevaba algo en la mano oculto tras su otro brazo. Víctor imaginó que se trataba de una pistola provista de silenciador, de ahí el poco ruido al disparar.

Sus miradas se cruzaron un instante. En ese momento el desconocido comenzó a avanzar hacía adelante pero tuvo que detenerse en el bordillo de la acera porque el tráfico era abundante.

Víctor sabía que no se detendría durante mucho tiempo porque pronto algún semáforo se cerraría y podría cruzar. Se giró y se abrió paso a través de la gente que comenzaba a arremolinarse alrededor del cadáver y de Víctor. Empujó a un par de personas y consiguió salir de la muralla humana que se había formado. Comenzó a correr a toda prisa calle abajo, sorteando a los viandantes que masificaban la calle.

Al llegar a la Plaza de España se desvió hacia la derecha por la calle de los Reyes. Se había equivocado, aquí el tráfico era mucho menor y había menos gente, sería un blanco mucho más fácil.

Cuando llevaba recorridos unos cien metros saltaron unas esquirlas de un coche aparcado a su izquierda, instintivamente giro su cabeza hacia atrás y vio dos hombres persiguiéndolo. Uno era el desconocido que había visto anteriormente y el otro era más bajito pero más fuerte, les llevaba algo más de cincuenta metros y sabía que mientras pudiera seguir manteniendo el ritmo sería muy difícil que pudieran acertar su blanco. Pero no podía permitirse

seguir durante mucho tiempo porque tarde o temprano terminarían teniendo suerte y acertando con él.

Se volvió a desviar a la derecha por una calle peatonal, la calle San Ignacio de Loyola, que enseguida tenía un recodo a la izquierda y le ocultaría por unos instantes de sus perseguidores.

La calle era mucho más estrechas y los pocos viandantes que circulaban por esa calle servirían para que sus perseguidores se lo pensasen un poco antes de disparar si no querían herir a ningún inocente. De todas formas no estaba muy seguro de que fueran a contenerse porque el también era un inocente y no por eso no le disparaban.

Rápidamente llegó al siguiente cruce, una calle muy estrecha, sin visibilidad para ver si venía tráfico. No podía pararse para cruzar la calle si no quería ofrecer un blanco fácil, así que decidió que tenía que probar suerte y esperar que no le atropellara ningún vehículo. La suerte se alió con él y en ese momento no pasaba ninguno, al girar la cabeza a su izquierda vio un coche que circulaba unos sesenta metros más arriba.

Siguió por la calle Manzana que también era peatonal. Al poco tiempo escuchó un sonido chirriante y un golpe sordo. Al volver la cabeza observó que el coche había golpeado con fuerza al primero de sus perseguidores, el hombre más alto que había visto en la Gran Vía yacía tendido en el suelo gritando de dolor. En ese momento observó al otro saltar por encima del capó del coche sin pararse siquiera a echar un vistazo a su compañero tendido en la calle. Todavía tenía que deshacerse del segundo tipo.

Había ganado unos segundos preciosos, pero no podría mantener la carrera durante mucho tiempo, los pulmones empezaban a quemarle y el dolor en sus piernas era ya patente. Solo esperaba que a su perseguidor le ocurriera lo mismo pero mucho temía que estaba más en forma que él al ver como había saltado por encima del coche con mucha agilidad.

Ya muy cansado llegó a la Calle San Bernardo. Si había alguna oportunidad de escapar era esta. Recordó que el ministerio de Justicia se encontraba a la izquierda y junto a él la estación de Metro de Noviciado. Aquí sería más difícil para su perseguidor, siempre había Guardias Civiles en la puerta del ministerio pero sería muy difícil flanquearlas y entrar dentro a la carrera, le detendrían nada más verle llegar a la carrera y un tirador experto podría acertar desde una distancia adecuada sin ser visto antes de que él pudiera decirle nada a los guardias. Así que optó por meterse en el metro a probar suerte y subir al tren antes que el otro lo pudiera hacer.

Bajó los escalones de cuatro en cuatro, saltó los tornos sin pararse a mirar si alguien lo observaba y llegó al andén. La suerte hoy le acompañaba, un convoy acababa de entrar en la estación y sus puertas se estaban abriendo. Se dirigió rápidamente hacía una de las puertas pero en ese momento algo le hizo pararse y esconderse rápidamente detrás de un pilar. Apoyó la espalda contra él y esperó un momento para recuperar el resuello. Asomó un poco la cabeza por un lado para ver donde estaba el hombre que le perseguía. De pronto lo vio bajar las escaleras a toda prisa. Miró hacía todos los lados y no vio a Víctor por ningún sitio. Como había supuesto Víctor, el hombre se introdujo en el primer vagón antes de que las puertas se cerrasen. En ese momento el tren reanudó su marcha y Víctor respiró un poco más profundamente.

Sin saber muy bien por qué, Justo cuando el vagón en el que se había montado su perseguidor pasaba por delante de él, Víctor se incorporó y se puso a la vista. Quería ver la cara de sorpresa del hombre. Al verlo estiró el brazo y movió la mano en señal de despedida y una sonrisa se dibujo en su

cara. No así en el rostro del hombre que se puso rojo de ira y golpeó el cristal del vagón con fuerza, sin disimular su enfado.

2

Una vez hubo recuperado el aliento y el corazón aminoraba sus pulsaciones decidió encaminarse hacia la salida del metro.

Se miró a si mismo. Estaba hecho un asco. Estaba sudando, sus ropas estaban totalmente manchadas de sangre y apestaba a sudor. Iba a dirigirse hacia la comisaría más cercana para denunciar los hechos y de esa manera acabar con el sinsentido de toda esta situación.

Sabía que había una comisaría a poca distancia de donde se encontraba, en la calle Leganitos. Empezó a caminar hacia la Gran Vía de nuevo pero se dio cuenta enseguida que volvería hacia atrás y que podría encontrarse nuevamente con los pistoleros, tendría que volver a pasar por donde habían matado a aquel pobre hombre y si eran un poco inteligentes y seguro que lo eran supondrían que iría a la comisaría más próxima a denunciar los hechos y podrían estar esperándolo en cualquier esquina. Así que cambió de opinión y decidió dirigirse a otra comisaría no sin antes pasar por casa a cambiarse de ropa y darse una ducha. Un autobús paró en ese instante en la parada cercana a él. Al verlo echó una carrera y subió a él. Introdujo el billete que sacó del bolsillo en la máquina y fue hasta el final del autobús y dejó caer su cuerpo en uno de los asientos. Observó un momento por la ventanilla y de repente vio a una persona que miraba en todas las direcciones y otra que bajaba corriendo por las escaleras de la estación de metro.

Los cristales del autobús estaban bastante sucios por lo cual no le vieron a él. Pero estaba seguro que le estaban buscando. Se había librado por los pelos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?, seguramente esta gente llevaba transmisores y el hombre que se había ido en el metro comunicó a sus compañeros donde le había perdido.

El autobús arrancó y se perdió calle arriba.

Víctor decidió que era mejor regresar a casa y poner un poco en orden sus ideas antes de ir a denunciar los hechos.

Fernando Arribas era un hombre rico, muy rico. Era mexicano. Había nacido en el seno de una familia humilde, pero pronto empezó a destacar por su inteligencia y astucia para los negocios. Primero trapicheaba con los objetos que había sustraído mediante pequeños hurtos en su localidad natal. Siempre conseguía librarse de que le cogieran las autoridades locales, aunque estos tampoco ponían mucho empeño en hacerlo.

A los 14 de años de edad ya había conseguido tener a varios niños de su edad a sus ordenes y organizar una pequeña banda que se dedicaba al contrabando de tabaco y a pequeños robos y hurtos.

Cada vez fue haciéndose más fuerte en su localidad hasta que un narco se fijo en él y lo reclutó para su organización. Le fascinaba la facilidad que tenía el muchacho para aprender y rápidamente fue ascendiendo dentro de la organización. El día que detuvieron a su jefe él se hizo cargo del cartel y fue

amasando dinero gracias al narcotráfico como a otros negocios que inicio más o menos legales.

Siempre acertaba con sus inversiones y negocios pero, como todo el mundo que tiene mucho dinero quiso, seguir haciendo más y más, y siguió expandiendo su influencia por todo el mundo.

A bordo de su yate de lujo anclado en un muelle del puerto de Gibraltar disfrutaba de una espléndida mañana en la que el sol de principios de primavera comenzaba a calentar. Una pequeña brisa soplaba y hasta se agradecía. Iba vestido con unos pantalones cortos blancos y una camisa entallada de varios colores bastante llamativa. Lucía una vieja gorra de capitán de barco sobre su mata de pelo gris ondulado. Tenía la piel tostada del sol, aunque su color natural ya era bastante oscuro y llevaba unas gafas oscuras para protegerse del sol que calentaba la cubierta del yate.

Se encontraba tumbado sobre una tumbona hojeando papeles relacionados con sus negocios cuando una chica de no más de veinte años, de piel clara, con un cuerpo que bien podría pasar por una topmodel y vistiendo un bikini rojo se acercó hasta él y dijo:

—Don Fernando —y espero a que el levantara la vista de sus papeles y la mirara a la cara para continuar— La llamada que estaba esperando, ¿le traigo el teléfono hasta aquí?.

—No te molestes, —dijo él— ahora mismo voy hasta el despacho y hablo desde allí.

Ella se alejó lentamente mientras Fernando subió un poco sus gafas de sol con la mano y la miró con descaro el culo mientras caminaba.

—Luego tendré un poco más de tiempo para otras cosas— y sonrió grotescamente.

Era un hombre que le gustaba estar rodeado siempre de bellas mujeres y, aunque él no era muy agraciado físicamente, gracias a su dinero y a su poder casi siempre lo conseguía. Era un hombre delgado, rayando lo famélico, tenía los pómulos prominentes, la nariz un poco aguileña y unos ojos pequeños. Su estatura era media, no medía más de un metro setenta pero su agilidad era como la de un felino, era rápido y le gustaba practicar la natación. No tenía una barriga prominente como tantos otros ricos, era bastante nervioso y siempre tenía que estar haciendo algo. Le gustaba controlar todos sus negocios, tanto legales como ilegales. Tenía cincuenta años pero aparentaba algunos más, pero eso a él no le importaba ya que podía yacer casi con cualquier mujer, ya que como él decía “todas tienen un precio”.

Se levantó de la tumbona y se dirigió con parsimonia hacia su despacho en la parte baja del yate. Era un despacho amplio con una gran mesa de teka que se hallaba al final, a la derecha había varios cuadros de pintores impresionistas y a la izquierda una estantería acristalada con diversas figuras antiguas. No era un amante de la cultura en general pero conservaba algunas que había adquirido con su ya difunta mujer cuando eran más jóvenes. Ella murió siendo muy joven a causa de un cáncer. Fue la única vez en su vida que los sentimientos hacia otra persona se antepusieron a todo. Después de aquello se volvió más despiadado y carente de cualquier empatía hacia cualquier congénere.

Se dejó caer sobre su sillón de piel y pulso una tecla en la base del teléfono, levantó el auricular y dijo secamente:

—¿Es una línea segura?.

—Me he asegurado de ello —dijo una voz grave al otro lado del teléfono.

Hubo una corta pausa.

—¿Tiene usted ya lo mío? —preguntó Fernando con rudeza.

—Ha surgido un imprevisto —dijo su interlocutor con la voz algo dubitativa — pero creo que pronto estará solucionado.

—Espero que tengas razón, todo este retraso me está poniendo de muy mal humor y soy un hombre no muy agradable cuando estoy de mal humor.

La voz sonó como un cañonazo en los oídos de Gómez que trató de recomponerse y que su voz no delatara el miedo que recorría su cuerpo en ese momento.

—Estoy seguro que en breve tendremos buenas noticias.

—Me dispongo a viajar a Madrid —la fuerza de la voz de Fernando podría fácilmente descolocar a la persona más tranquila del mundo—. Me reuniré contigo mañana a la hora de la cena. Te llamaré antes para indicarte el sitio. Espero que para entonces me des una alegría porque mi confianza en ti empieza a debilitarse.

Antes de que Gómez pudiera siquiera despedirse el pitido entrecortado del teléfono le indicó que Fernando había cortado la comunicación. Puso el teléfono en su bolsillo y se sentó un momento en una silla para recuperar el aliento. Sabía a ciencia cierta que no podía fallarle al señor Arribas porque conocía lo que les ocurría a los que le fallaban.

Se quedó mirando hacía la pared que tenía en frente como si allí proyectaran una película y pensó en todo lo que había salido mal durante esa mañana.

Volvió a sacar el teléfono del bolsillo y marcó un número. Esperó unos instantes.

—¿Si? —dijo una voz suave de mujer al otro lado del teléfono.

—La línea es segura, necesito una identificación positiva ya.
Y cortó la comunicación.

Víctor pensó que lo mejor sería darse una ducha rápida y cambiarse de ropa antes de acudir a comisaría. Se acercó a su habitación, se desnudó y llevó la ropa a la lavadora, antes de introducirla revisó los bolsillos para asegurarse de que no había nada. De repente de uno de ellos extrajo una pequeña memoria flash con forma de llave que no recordaba que fuera suya. La miró con extrañeza intentando hacer memoria por si en algún momento alguien se la había dado, pero no recordaba haberla visto nunca. Estuvo mirándola durante un momento, girándola entre sus manos como intentado ver su interior, la depositó junto a las llaves y se dispuso a meterse en la ducha.

Dejó que su cuerpo se relajara mientras el agua tibia le caía por su cabeza y escurría por todo su cuerpo.

Después de la ducha tomó ropa limpia de su armario y se vistió con presteza. Cogió las llaves de casa y volvió a mirar la memoria que había depositado junto a ellas. Tenía intención de dejarla allí pero pensó que podría ser útil para la policía y se la guardó en el bolsillo junto a las llaves. Estaba terminando de abrocharse los zapatos cuando un leve sonido le llegó desde la puerta de entrada de su apartamento. Algo no iba bien, la cerradura emitía un extraño sonido.

En un primer momento planeó ir a ver lo que ocurría pero después de lo que había vivido hacía menos de dos horas pensó que era mejor esperar en alerta a ver que ocurría. Seguramente fuese algún familiar de los que disponían de llaves de su apartamento que vendría a su casa por algún motivo. Aún así, no se fiaba de nada ni de nadie en aquellos momentos, así que decidió esconderse en un armario que tenía en la entrada y que utilizaba para guardar las cazadoras cuando llegaba a casa. Abrió rápidamente la puerta corredera del armario y se introdujo dentro con todo el sigilo que pudo.

Unos segundos después la puerta del apartamento se abrió y tres hombres entraban en la casa. La puerta del armario no llegaba a cerrarse del todo y quedaba una pequeña rendija que facilitaba la visión del exterior. Su corazón casi se paraliza al descubrir que eran unos desconocidos, aunque luego observando bien se dio cuenta de que había uno que le resultaba familiar.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente al descubrir de que conocía a aquel hombre. Era el hombre bajito y fuerte que le había perseguido en su huida. Junto a él estaba un hombre más alto pero igual de fuerte con facciones muy marcadas, una cejas muy pobladas y un pelo negro rizado muy espeso. Tenía la piel curtida por el paso del tiempo pero no debía pasar de los cuarenta y cinco años. Víctor pensó que debía ser el jefe de los tres porque les hacía indicaciones con la mano a los otros dos individuos.

—Todo despejado, aquí no hay nadie —dijo el tercer individuo.

—Muy bien, registrar hasta el último rincón de la casa, tiene que estar aquí —la voz del jefe era autoritaria y apremiante—. Tenemos poco tiempo.

Víctor comprendió que tarde o temprano darían con su escondite y no quería saber lo que podían hacer con él. Tenía que salir y pronto de allí e intentar huir.

—Otra vez no, por favor —pensó Víctor con el corazón latiendo con fuerza en su interior.

El hombre bajito se dirigió a su dormitorio, el jefe fue a la cocina comedor y el otro entró en el servicio.

Víctor pensó que sería ahora o nunca. Abrió muy despacio la puerta del armario y trató de no hacer ningún ruido. Salió muy despacio y se acercó hasta la puerta de entrada. Desde allí era visible desde la cocina. Miró de soslayo hacia allí y observó al hombre registrando sus cajones con velocidad. Por suerte para él estaba absorto en su registro y no volvió en ningún momento la cabeza hacía la puerta, si lo hubiera hecho habría descubierto a Víctor intentado abrir la puerta con movimientos muy lentos mientras contenía el aire de sus pulmones para intentar controlar sus movimientos.

Abrió la puerta con mucha lentitud y se deslizó fuera en cuanto hubo hueco suficiente para salir por ella. Sin pararse a volver a cerrar salió disparado escaleras abajo para poner la mayor distancia entre él y los asaltantes de su casa.

Cuando llegó al portal de la vivienda aguzó un poco el oído para ver si oía algo pero nada llegó hasta sus oídos. Abrió la puerta del portal y corrió en la primera dirección que sus piernas le guiaron. No paró a pensar donde quería ir, solamente quería ponerse a salvo lo antes posible.

Corrió hasta que sus pulmones comenzaron a quejarse y el resuello empezó a faltarle. Miraba una y otra vez hacia atrás mientras zigzagueaba por las calles entre la gente. Cuando creyó que ya estaba a salvo se paró y se apoyó contra la pared de un edificio para intentar recuperarse. Miró alrededor suyo para asegurarse de que nadie le seguía y comprobar donde se hallaba. Se había alejado prácticamente un kilómetro de su casa. No parecía que hubiera nadie tras sus pasos.

Cuando se hubo repuesto de la carrera se dirigió hacía un transeúnte y le preguntó directamente:

—¿La comisaría más próxima, por favor?.

—Si —contestó el hombre, mirándole con algo de desconfianza—. Siga por la calle de la izquierda durante tres manzanas y allí gire otra vez a la izquierda, como a unos doscientos metros dará con ella.

—Muchas gracias —y siguió el camino indicado.

Cuando volvió a girar a la izquierda enseguida vio la comisaría en la acera de la derecha de la calle. Entró en ella y saludó al guardia de la puerta. Tenía un amplio recibidor con sillas colocadas alrededor y un mostrador enfrente en el que una persona con gafas y ya cercana a la edad de jubilación miraba la pantalla de un ordenador. Se acercó hasta él.

—Por favor, quisiera poner una denuncia.

—Primera puerta a la derecha por el pasillo —indicó el hombre sin despegar la vista siquiera de la pantalla del ordenador.

Víctor caminó hasta la puerta indicada y entró sin llamar. Era un despacho austero con un escritorio y muchos papeles dispersos por encima además de en una estantería atestada que había a la izquierda y a la derecha un amplio ventanal hacía visible todo el recibidor de la comisaría. Detrás del escritorio se encontraba un policía uniformado rellenando un formulario, mientras a su izquierda había un ordenador más bien antiguo. Sin apartar la vista del formulario levantó el brazo e indicó una silla que había al otro lado del escritorio.

—Siéntese ahí —la voz sonaba cansada y monótona—, enseguida estoy con usted.

Una vez estuvo sentado Víctor miró a su alrededor intentado desviar sus pensamientos de todo lo ocurrido y espantar el nerviosismo que se estaba apoderando de él.

El policía estuvo otro tres minutos con el formulario y después cogió el teclado del ordenador y tecleó con torpeza durante otros dos minutos. De repente apartó el teclado a un lado, levantó la vista y miró con sopor a Víctor.

—¿Nombre?.

—¿Sí? —la brusca pregunta cogió desprevenido a Víctor que tardó en reaccionar unos segundos—. Perdona, estaba distraído. Víctor, Víctor Ardanza Velasco.

El policía preguntó todos los datos personales de Víctor para después añadir:

—¿Motivo de la denuncia? —parecía una máquina robótica como las que operan a través del teléfono para atención al cliente de las grandes empresas.

—Es un poco difícil y largo de contar pero intentaré hacerlo de la forma más precisa que sepa. Esta mañana un hombre se acercó hasta mi en la Gran Vía y se desplomó sin vida en mis brazos. Le habían disparado...

Algo había llamando su atención. Una persona había entrado en la comisaría, iba vestido con un traje similar al que llevaba una de las personas que entraron en su apartamento unos minutos antes. Estaba de espaldas y no podía ver su cara pero físicamente también era similar.

—¿Está usted seguro de lo que me acaba de decir? —dijo sorprendido el policía—. No tengo conocimiento de ningún homicidio sucedido hoy —la cara de incredulidad se hacía patente pero Víctor estaba absorto en mirar hacia el ventanal— ¿Me está escuchando?.

En ese instante el hombre al que miraba se giró hacia la derecha y pudo observar su cara. Era uno de las personas que habían entrado en su casa, en concreto del jefe de ellos. Víctor se volvió rápidamente hacia el policía para que no le reconociera el hombre.

—¿Conoce a ese hombre? —le preguntó al policía.

—¿A quién?, ¿al hombre que está apoyado en el mostrador?, ¿al inspector Gómez? —dijo extrañado.

—¿Inspector ha dicho? —Víctor no podía creer lo que estaba escuchando.

—Por supuesto, ¿le conoce?.

—Pensé que era otra persona, perdóneme, me he equivocado.

No podía ser, pensaba Víctor, la policía no actúa así, no entra en las casas de la gente inocente y la registra en busca de algo y muchos menos corren detrás de las personas y las disparan sin causa justificada. Por su mente pasaban todo tipo de pensamientos, que le ocurriría si le viera, cómo podía escabullirse de allí sin ser visto. Podría contárselo al policía sentado frente a él pero no sabía si él estaba también en el turbio asunto o simplemente no le creería y se lo comunicaría a su superior, el inspector Gómez.

—¿Podemos continuar con el relato de los hechos?, señor Ardanza, por favor —la paciencia del hombre comenzaba a acabarse y pensaba que se hallaba ante un demente o alguien que había sufrido alguna alucinación por el consumo de algún tipo de drogas.

—Creo que no me encuentro bien —el rostro de Víctor había palidecido y las náuseas de la tensión acumulada durante el día intentaban abrirse paso hasta su boca—, ¿podría indicarme dónde se encuentran los aseos?, por favor.

—A la derecha, la segunda puerta —dijo con voz cansada e hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y pensó que no era más que otro drogadicto.

Tras levantarse corriendo de la silla con las manos en la boca para

intentar sujetar las nauseas provocadas, además de intentar no ser reconocido por el inspector, Víctor se dirigió a toda prisa hasta los aseos donde abrió la puerta del primer retrete que encontró vacío y vomitó abundantemente. Después se limpio un poco con la mano, se fue hasta el lavabo más próximo y se lavó con agua bien fría las manos y la cara intentando recuperarse.

Estuvo unos minutos con las manos apoyadas sobre el lavabo y la cabeza agachada hasta que comprendió que no podía permanecer mucho más tiempo allí. Se incorporó lentamente y se acercó hasta la puerta, la abrió despacio y asomó la cabeza por el pasillo para ver si el inspector seguía allí. Al ver que ya no estaba empezó a caminar hacia la salida con paso lento pero decidido.

—Oiga, ¿a donde va? —la voz hizo estremecer todo su cuerpo. Era el policía con el que había estado hablando unos momentos antes, pero sin saber muy bien por qué el pánico se apoderó de él y echó a correr en dirección a la puerta de salida. El policía abrió la boca en un gesto de incredulidad y dejó caer sus brazos sobre el escritorio pero no le dio más importancia. Mientras tanto Víctor atravesó el umbral de la puerta de salida y se alejó a toda velocidad de la comisaría.

Eran las dos y media de la tarde y el bullicio de gente en las calles había decaído, no así el tráfico que había aumentado por la salida de los trabajadores para comer. El sol empezaba a calentar con fuerza aún sin hacer un calor excesivo y solo alguna nube suelta ensuciaba el azul del cielo. Víctor miró su reloj y pensó en que podía hacer ahora. No podía ir a su casa y no sabía muy bien donde podría refugiarse unos días hasta que todo pasara. Debía de ser algo importante lo que buscaban porque no habían tardado mucho tiempo en dar con su paradero. Entonces recordó la memoria flash que había encontrado en su bolsillo, instintivamente deslizó su mano en el bolsillo derecho y extrajo la extraña memoria y dedujo que podría ser aquel objeto el que buscaba con tanto ahínco el inspector Gómez. En ese momento lamentó profundamente haberse visto envuelto en ese turbio asunto aunque no fuera por decisión suya. Podría haber dejado la memoria en casa y así hubiera terminado todo, pero tampoco eso le aseguraría seguir con vida, no sabía que había en ella y por qué estaban dispuestos a matar aquella gente, además había visto sus caras y sabía quienes eran, seguramente no le dejarían vivir aunque les diera la memoria. Aquellos pensamientos hicieron que se le revolviere el estomago de nuevo y una gran desazón se apoderara de su él.

Decidió que si su vida estaba en peligro por aquel pequeño objeto debería de saber que escondía en su interior. Tenía un amigo de la infancia que era un fanático de los ordenadores y las nuevas tecnologías, que podría ayudarle y confiaba en él. El no tenía su ordenador ya que no podía acudir a su apartamento así que iría a visitar a Guillermo para ver el contenido de la memoria, pero aún no estaría en casa. Hasta las siete de la tarde no llegaría del trabajo, o al menos hace un tiempo así era, así que algo tendría que hacer hasta entonces.

Recordó que a las cuatro y media tenía cita con la psicóloga. Llevaba un par de semanas acudiendo allí después de haberse dado cuenta de que su vida no le gustaba, no se sentía realizado y no tenía los ánimos suficientes como para intentar cambiarla, así que recurrió a ayuda profesional. Solo llevaba dos sesiones y no había avanzado demasiado, se sentía igual que antes pero pensó que era poco tiempo para hacer juicios sobre la valía de la psicología.

La consulta se encontraba en el centro de Madrid, por detrás de la plaza Mayor, en la calle Zaragoza. El se encontraba como a dos kilómetros de allí pero decidió que lo mejor sería ir andando ya que disponía de tiempo suficiente hasta llegar a su cita.

Durante el largo camino no dejaba de dar vueltas a los acontecimientos acaecidos durante la mañana, parecía haber pasado mucho tiempo pero solo habían transcurrido unas cuantas horas desde que comenzara la sinrazón en la que se había visto introducido sin su aprobación. Durante el trayecto observó con cautela cada vez que se cruzaba con algún coche patrulla de la policía o con cualquier agente que deambulaba por las inmediaciones. Ninguno prestó mayor atención al hombre que caminaba pausadamente.

Llegó hasta la entrada de la calle Zaragoza, las terrazas estaban repletas de turistas que aprovechaban el sol para comer y tomar alguna bebida al aire libre. A la izquierda de la calle se encontraba el portal en el que la doctora Yáiza Giménez tenía su consulta. Había recurrido a los servicios de la psicóloga

cuando hablando con un amigo, viendo este la aptitud decaída que presentaba, le recomendó que visitara a un psicólogo para intentar poner un poco de orden en su vida. Le recomendó expresamente a la doctora Giménez que ya le había ayudado a él cuando su mujer le abandonó hace unos años para irse con un amigo mutuo.

Consultó su reloj, había llegado temprano, todavía quedaba media hora antes de su cita pero estaba cansado y decidió esperar en la sala de espera de la consulta a que llegara su turno.

Pulsó el botón del timbre y tras unos instantes comenzó a oír el siseo que emite la cerradura permitiendo la apertura de la puerta. Empujó la puerta con firmeza y entró en el portal. Desechó la posibilidad de subir en el ascensor y ascendió por las escaleras hasta la tercera planta. Allí una puerta con un cartel dorado indicaba la consulta de psicología. Empujó la puerta y llegó hasta una sala amplia que disponía de sillones junto a dos de las paredes y una mesita de centro en la que se amontonaban revistas de diversos temas. A esas horas la sala de espera se encontraba vacía, era una hora temprana y la consulta comenzaba apenas quince minutos antes.

Se acomodó en uno de los sillones que se encontraba cerca de la puerta y se disponía a coger una revista cuando en el umbral apareció la doctora. Tenía la piel clara y el pelo oscuro, liso y suelto que le llegaba por debajo de los hombros. Lucía flequillo, lo que le daba un aspecto más juvenil. Sus ojos eran oscuros y grandes y resaltaban sobre su blanca piel. Era un poco más baja que Víctor pero su altura era superior a la media. Su figura era esbelta y bien definida.

Víctor levantó la mirada y sonrió. Observó a la doctora durante unos breves instantes. Le gustaba aquella mujer, le parecía sofisticada e inteligente además de muy guapa. Por su mente llegó a cruzar el pensamiento de que hubiera ocurrido de conocerse en otras circunstancias.

—Hola, buenas tardes, señor Ardanza —dijo ella sonriendo—. Ha llegado usted pronto pero si no le importa puede usted pasar ahora mismo. Han cancelado la cita anterior y no tengo ahora a nadie.

—Ningún problema —dijo Víctor levantándose del sillón—. Cuanto antes empecemos antes terminaremos.

—No se tome esto como una especie de castigo, estoy segura que podré ayudarle pero para ello tiene que abrirse y contarme lo que le pasa por su cabeza.

—Si le contara lo que me pasa por la cabeza en estos instantes me tomaría usted por un loco de atar — y torció el gesto en una sonrisa irónica.

—Aquí nadie está loco y todo cuenta aunque a usted le parezca absurdo —comentó mientras abría la puerta de la consulta y dejaba pasar a Víctor—. Por favor, tome asiento y comenzaremos.

Víctor se sentó en un sillón muy mullido y cómodo de piel marrón chocolate mientras ella lo hacía en una butaca detrás de un pequeño escritorio de madera. La decoración era austera, sin adornos ni ningún elementos que pudiera servir de distracción al paciente. Tras una breve ojeada al historial del paciente sobre lo comentado en la anterior visita comentó:

—Bien, en la primera cita me habló usted de la sensación de haber fracasado en su vida, que las cosas no discurrían como usted planeó en su juventud, se sentía cansado y harto de su vida laboral. Pasemos a hablar de su vida sentimental —dijo mirándole a los ojos directamente. Sabía que la confianza era necesario trabajarla para que los pacientes se sintieran más seguros y contaran sus intimidades. Era lo más difícil de su trabajo, ganarse la

confianza de los pacientes.

—No se si estoy preparado todavía para hacerlo —contestó, bajando la mirada.

—En algún momento hay que empezar porque es una parte muy importante de su vida y que nos puede dar una visión más amplia del por qué de su situación actual —y una mirada de comprensión apareció en su bonitos ojos, acompañada de una ligera sonrisa.

—Esta bien —sentenció—, pero con el día que llevo hoy no se por donde empezar.

—Puede empezar por contarme lo que la ocurrido hoy que le tiene tan angustiado —dijo ella con una voz dulce y pausada.

—Estoy seguro que si le cuento lo que realmente ocurrió no va a dar crédito de mis palabras —la voz de Víctor denotaba el cansancio acumulado—. Bueno intentaré hacerle un resumen lo más cercano a la realidad.

Víctor comenzó relatando los hechos ocurridos en la Gran Vía a primera hora de la mañana. Mientras su relato avanzaba la expresión de la cara de Yáiza iba cambiando, había dejado de anotar cosas para poner cara de estupor y realmente preguntarse si el paciente estaba cuerdo. De repente interrumpió la narración.

—¿Me está contando que realmente asesinaron a un hombre en plena calle y después intentaron matarle a usted también? —denotaba lo sorprendida que se encontraba y la incredulidad que iba creciendo en su interior.

—Como ya le dije, estaba convencido de que no me creería —Víctor comenzaba a molestarse.

—Perdóneme, he sido poco profesional —se disculpó Yáiza—, no debí haberle interrumpido pero me ha sorprendido mucho su historia. Continúe, por favor.

—No creo que deba continuar, todo se vuelve mucho más enrevesado y oscuro según avanzan los acontecimientos. No debí haberla contado nada —el cansancio empezaba a asomarse en el rostro de Víctor—. ¿Podemos cambiar de conversación?, por favor.

En ese mismo instante se oyó el agudo sonido del timbre de la consulta. Yáiza consulto su reloj y su rostro adoptó un tono de sorpresa.

—Hoy todo el mundo tiene prisa por llegar a su cita. El señor Gutiérrez no tiene cita hasta dentro de una hora. —su voz era casi un susurro, más bien era un pensamiento en voz alta que una frase dirigida a Víctor—. Por favor, continúe.

—¿Todavía falta una hora para si siguiente cita? —preguntó Víctor con preocupación.

—Se habrá despistado con la hora.

—¿Está segura que es el señor...?

—¿Gutiérrez? —dijo ella terminando la pregunta—. ¿Quién más podría ser a estas horas?.

—Por mi experiencia de las últimas horas ya no estoy seguro de nada — Víctor comenzaba a estar bastante preocupado, se incorporó y se puso de pie rápidamente—. ¿Podría cerciorarse de quién puede ser?.

—Está empezando a asustarme —el tono de la voz de Yáiza había dejado de ser suave y dulce y había subido, así como su preocupación por la salud mental del paciente—. De verdad, ¿no creerá que alguien viene a buscarle para asesinarle aquí?.

—Ya no sé en lo que creo y en lo que no, todo mi vida a dado un vuelco en tan solo unas horas —parecía que estaba viviendo una pesadilla.

En ese instante el interfono de la consulta encendió una lucecita roja y la voz que sonó a través de él parecía un poco alterada.

—Doctora Giménez, ¿podría venir un momento? —Era la señora Josefina Pedrosa, una mujer de unos cincuenta años bastante voluminosa y con un ligero acento extremeño pero que normalmente hablaba de manera muy pausada—. La policía pregunta por usted.

La doctora se quedó callada y una sombra de incredulidad recorrió su cara.

—Enseguida salgo —dijo casi en un susurro apenas audible—. Sírvelos un café.

Desconectó el interfono y levantó la vista hasta alcanzar los ojos de Víctor que aguardaba impaciente.

—Se lo dije —la excitación le dominaba y sus ojos se movían en todas las direcciones buscando una salida, no estaba dispuesto a entregar su vida tan fácilmente, al menos intentaría luchar hasta el final—, sabía que no pararían hasta encontrarme.

—Todavía no sabemos si vienen a buscarle a usted —Yáiza sabía que solo eran palabras vacías para intentar calmar a Víctor—. Igual vienen por alguna otra razón.

—No sé si aún no cree lo que la he contado, pero no estoy dispuesto a entregarme aquí y ahora —el tono de voz había cambiado, era mucho más enérgico y decidido, aunque trataba de no elevarlo para que no se oyera desde fuera.

Víctor comenzó a moverse en todas las direcciones buscando posibles salidas. Viendo que la única salida era pasar por delante de los policías comenzó a abrir todos los cajones y armarios en busca de algo que le sirviera como arma. Sabía que lo que podría encontrar allí no valdría para mucho ante las pistolas automáticas que llevarían ellos pero la desesperación no le dejaba pensar con claridad.

—¿Se ha vuelto loco?, ¿que está haciendo? —Yáiza empezaba a sentir que el miedo la invadía.

En ese momento Víctor se acercó rápidamente hasta ella y tapó su boca con la mano.

—No hable tan alto, todavía tengo de mi parte que no saben que estoy aquí —habló lo mas bajo que pudo cerca del oído de Yáiza y después se llevó el dedo índice sobre sus labios indicando que guardara silencio—. Si supieran que estoy aquí hubieran entrado inmediatamente.

—Si se queda más tranquilo les diré que aún no ha llegado, que estoy todavía con otro paciente —dijo ella intentando serenar algo la situación—. Además usted no tenía cita hasta dentro de cinco minutos.

La mente de Víctor comenzaba a trabajar a mayor velocidad que nunca buscando soluciones.

—No se si realmente funcionará pero se lo agradecería.

—Ahora mismo vuelvo —Yáiza salió del despacho y cerró la puerta tras ella.

Recorrió el pasillo hasta la entrada donde había dos hombres fuertes y vestidos de forma descuidada con unos pantalones vaqueros bastante desgastados por el uso. El más alto llevaba una chaqueta imitando la piel de color marrón chocolate de corte bastante simple y con la cremallera subida hasta el cuello y el más bajito lucía una camiseta con varios dibujos, de color azul marino que le quedaba algo estrecha para la corpulencia que tenía.

Al acercarse a ellos intentó sonreír pero le salió una mueca torcida que delataba su nerviosismo. El inspector Gómez enseguida se dio cuenta de ello e intentó cobrar ventaja y tratar de sacarla toda la información antes de que

recobrarla la compostura.

—Soy el inspector Gómez, de la policía —en ese instante enseñó, con un gesto bien memorizado, la placa de identificación—. ¿Podría hacerla unas preguntas?

—¿Por qué no? —Yáiza intentaba que su voz sonara tranquila pero no estaba segura de poderlo conseguir—. Siempre que pueda contestarle a su preguntas lo haré muy gustosa.

—¿Tiene usted un paciente llamado Víctor Ardanza? —Gómez cruzó los brazos delante del pecho y miró directamente a los ojos de la doctora.

—No lo sé con exactitud, tendría que mirar la lista de pacientes. No sé el nombre de todos ellos.

—¿Podría hacerme ese favor ahora mismo? —No era una pregunta sino más bien una orden. Sabía exactamente que la doctora le estaba intentando dar largas, sus años de experiencia en interrogatorios le habían otorgado cierto conocimiento de la forma de actuar de las personas bajo presión.

—Por favor, Josefina, haga el favor de buscar el nombre de Víctor Ardanza entre los pacientes actuales —Yáiza intentaba ganar tiempo para serenarse y poder pensar con claridad.

Josefina la miró con expresión interrogativa, sabía perfectamente que Yáiza era una persona que recordaba perfectamente el nombre de cada uno de sus pacientes. En ese instante la doctora le hizo un gesto hacia el libro que había sobre el escritorio tras el que se encontraba Josefina y esta comprendió que debía de hojearlo un momento antes de responder. Tomó el libro, lo abrió y comenzó a pasar las hojas hacia delante y hacia atrás sin leer lo que allí había escrito. Gómez, que estaba curtido en todo tipo de tretas, enseguida se dio cuenta del juego y golpeó fuertemente con el puño el escritorio. Ambas mujeres dieron un respingo y Josefina dejó escapar un pequeño chillido.

—¿Tratan de jugar conmigo? —gritó el inspector con un enfado que iba en aumento—. ¿Creen que me chupo el dedo?. Saben perfectamente que Víctor Ardanza es paciente suyo y que tiene cita con ustedes en pocos instantes, así que hagan el favor de colaborar y decirme lo que quiero saber. ¿Podría decirme por qué le está tratando?.

— No puedo darle esa información, tengo que respetar la confidencialidad médico paciente. —intentaba hablar con todo el aplomo que podía reunir en una circunstancia como aquella—. Además, sin una orden judicial usted no puede entrar aquí como un elefante en una cacharrería e intentar intimidarnos para sacar la información que desea obtener.

—¿Se encuentra el señor Ardanza en su consulta en este momento? — Gómez hizo caso omiso de las palabras de Yáiza.

—Por supuesto que no. No hay nadie en estos momentos en la consulta.

—Sabe que no me creo nada de lo que me está diciendo —Gómez miró a su compañero y le hizo un gesto moviendo la cabeza hacía delante—. Está intentando mentirme desde que llegué.

El hombre más bajito salió corriendo en dirección a la consulta de la doctora sin que esta pudiera hacer nada por detenerlo. La angustia comenzó a apoderarse de ella e intentó gritar para advertir de la llegada del intruso a Víctor pero antes de que lo pudiera hacer Gómez se adelantó y tapó su boca con la mano y rodeo el cuerpo de Yáiza con el otro brazo impidiendo cualquier intento de correr hacia la consulta.

En el rostro de Josefina se dibujo una expresión de pánico y la pobre mujer no pudo ni mover un músculo y solo presenciar con estupor lo que estaba sucediendo ante ella.

El hombre se plantó ante la puerta de la consulta y llevó su mano a la espalda, levantó un poco la camiseta y agarró con firmeza una pistola automática que llevaba sujeta con el cinturón del pantalón. La sujetó con su mano derecha mientras la izquierda presionaba con suavidad el picaporte de la puerta. Después abrió la puerta de golpe y sujetó la pistola con ambas manos apuntando hacia adelante pero antes de que pudiera darse cuenta vio deslizarse una sombra por el rabillo del ojo. Intentó darse la vuelta con rapidez pero era demasiado tarde. Un objeto pesado golpeó con fuerza su cabeza mientras el dedo apretaba el gatillo de su pistola pero el disparo no llegó a su destino y las sombras cayeron sobre él dejándolo inconsciente al instante.

Víctor había aprovechado a salir de la consulta en cuanto la doctora dobló la esquina del pasillo y se introdujo en una habitación que había enfrente. Allí encontró rápidamente un pesado busto de mármol que se encontraba sobre una repisa. Lo cogió, entrecerró la puerta y esperó en tensión hasta que vio aparecer al hombre. Como él esperaba se dispuso a entrar directamente en la consulta sin mirar detrás de él. Se armó de valor y aprovechó el momento para abalanzarse sobre él y golpearle con todas sus fuerzas.

Rápidamente Víctor recogió el arma de las manos inertes del hombre mientras un reguero de sangre comenzaba a brotar de su cabeza. Nunca había tenido un arma entre las manos, fue una sensación extraña. Pegó la espalda a la pared y avanzó lentamente con el arma hacia adelante.

El disparo sonó como un trueno fuerte en los oídos de Yáiza. Esta quedó paralizada y la expresión de sus ojos se tornó en pánico. Los brazos del inspector relajaron un poco su fuerza al escuchar el disparo y Josefina empezó a chillar desesperada.

—¡Pedro! —gritó Gómez que sabía que algo no iba bien—. ¿Que ha pasado?.

No hubo ninguna respuesta. Soltó a la doctora y se encamino hacia la consulta con paso lento y sigiloso.

Yáiza estaba atemorizada, había comenzado a temblar y no era capaz de moverse ni de articular palabra alguna. Por su parte, Josefina al ver al inspector de espaldas, muerta de miedo y sin parar de chillar, corrió hasta la puerta de entrada, la abrió a toda prisa y se precipitó, sin mirar atrás, escaleras abajo.

El ruido de la puerta al abrirse hizo girar la cabeza al inspector Gómez un momento para cerciorarse de lo que estaba ocurriendo detrás de él. Al intentar volver la cabeza de nuevo sintió el frío acero del cañón de una pistola en su cabeza.

—No intente ningún movimiento o le disparo aquí mismo —Víctor mantenía el arma contra la parte lateral de la cabeza del inspector.

—No creo que sea usted capaz de hacerlo. No es un profesional. —Gómez intentaba hacerle dudar pero sabía perfectamente lo peligroso que podía ser alguien que no acostumbraba a empuñar un arma y que estaba sometido a una presión extrema—. Será mejor que baje el arma y hablemos, podemos solucionarlo ahora mismo si me da lo que me pertenece.

—Realmente no creo que esto termine dándole nada. ¿Que pasaría después si lo hiciera?, ¿nos dejaría marchar con toda la tranquilidad del mundo? —Víctor se sentía más sereno que nunca—. No le creo, y no tengo la paciencia suficiente para seguir hablando con usted. Deje su arma ahora mismo en el suelo y empújela con el pie hacia la doctora. ¡Ya!.

Yáiza asistía incrédula a la escena que acaecía a escasos metros de ella. Su paciente parecía no ser el mismo que hace una semana había acudido a su

consulta, ni tan siquiera el mismo que había estado en su consulta hacía tan solo unos minutos. Parecía un hombre más seguro y decidido, algo había cambiado en su interior. Pudiera ser que la hubiera estado engañando hasta ese momento pero en su experiencia con la gente pensaba que eso no era así, algo había hecho aflorar la verdadera personalidad dormida de Víctor.

Gómez se dio cuenta que las palabras de Víctor no eran palabras vacías y decidió que era mejor perder esta batalla, y seguir luchando después, que acabar con sus huesos en la morgue. Tendría tiempo para ajustar cuentas con aquel hombre que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando. Parecía que se le escapara de las manos cada vez que creía tenerlo ya. Levantó la mano izquierda y con la derecha depositó el arma en el suelo. Luego golpeó con el pie derecho la pistola que se deslizó hasta llegar junto a Yáiza. Mientras tanto Víctor no dejaba de apuntar su arma contra la cabeza del inspector.

—Doctora coja la pistola y apunte al inspector —Víctor no quitaba la vista de Gómez, no se fiaba nada—. ¿La tiene ya?.

—Si —contestó Yáiza con la voz entrecortada—. Pero, ¿que quiere que haga con ella?, no se como funciona un arma.

—Solo apunte hacía él y se ve que hace algo extraño dispare.

—¿Cree que sería capaz de hacer algo así? —preguntó ella anonadada.

—¿Tiene las llaves de la vivienda cerca?.

—Si, las tengo aquí en el escritorio de Josefina —y se acercó rápidamente hasta la mesa.

—Coja las llaves y cuando las tenga salga al rellano y métalas en la cerradura y espéreme —Víctor hizo una seña al inspector para que caminase hasta el final del pasillo—. Camine lentamente hacía el fondo, inspector.

Gómez recorrió el pasillo lentamente mientras Víctor lo hacía hacía la puerta de entrada caminando hacia atrás. Al llegar al rellano dijo:

—Adiós, inspector. Espero no volverlo a ver nunca más, en el futuro no se si seré tan indulgente —y una sonrisa torcida apareció en su rostro.

—La próxima vez no le daré la oportunidad —sentenció Gómez.

No hubo más palabras por parte de Víctor quien cerró la puerta inmediatamente y giró la llave varias veces antes de que Gómez pudiera acercarse siquiera a la puerta.